

# UTIL, EN DOS ACTOS

Vega Urriello quedan otros compañeros que prestan apoyo a la operación. Se han seleccionado los mejores sin tener en cuenta si pertenecían o no a la Federación Nacional. Los quince de la cumbre han estado en los Andes, en el Cáucaso. Son los mejores, sin dudar.

Al día siguiente, los tres primeros que volvieron en el helicóptero desde la cumbre: César Pérez de Tudela, inspector de Policía, Carlos Oria y Salvador Rivas, catedrático de Botánica de la Universidad de Madrid, declararon: «Los vascos montaron los tornos. La operación comenzó a las seis de la tarde, y llegada la noche aún no se había descolgado nadie. Sin embargo, se decidió continuar a pesar de la noche. Había luna llena, estaba despejado y el viento había cesado como por milagro. Ninguno de nosotros lo dudó ni un instante. La operación terminó felizmente a las cuatro y media de la mañana. Dimos la noticia por radioteléfono. En seguida la sabría España entera.»

—¿Cómo se efectuó el rescate?

—Una vez instalados los tornos se descolgaron Pedro Pablo Gómez Ibáñez y Joaquín Rodríguez Burillo. El descenso es difícil. Los vaivenes de la cuerda y del cable les ponían en peligro de estrellarse contra la roca. No hay que olvidar que son cien metros desde lo alto hasta la pequeña oquedad. Primero se subió a Arrabal. No podía sostenerse por sí mismo y hubo que izarle a cuestras. A pesar de no haber viento, el cable daba algunos bandazos. Todos conteníamos el aliento con miedo a que de un momento a otro se estrellara contra la pared. La subi-

da duró aproximadamente una hora y media. Cuando le tuvimos en la cumbre la emoción fue inmensa. Le dimos té y coramina para rehabilitarle, pero la alegría de verse salvado fue el mejor reactivo. ¿Usted se da cuenta? Ocho días sin comer, casi sin dormir, sometido a un intensísimo frío, a los rigores de la tormenta, descorazonado, desesperado, creyendo que ya no iban a encontrarle, sin poder moverse porque sus pies no le respondían. El momento fue muy intenso. Un día más y hubiera muerto.

—O quizá tan sólo unas horas después—interrumpimos.

—No. Todavía aguantó el tirón y el rescate del helicóptero al día siguiente.

## Un bello empeño, útil y digno del riesgo

De unos veinte años, moreno, ahora bronceado después de la proeza, estudiante de segundo de Ciencias Físicas en Madrid, Pedro Pablo Gómez Ibáñez, uno de los que bajaron a la oquedad y el que ayudó a Lastra y después se quedó solo en el lugar del drama, acaba de descender del helicóptero. «Pancho» habla sin pizca de vanidad, algo aturdido todavía por los acontecimientos y sin pasársele por la cabeza que es el protagonista de un hecho de gran audacia.

—Llevé una gran alegría cuando vi que Lastra podía subir en el «Calcolet», sin que yo le llevara a cuestras. Había sido muy angustioso ver izar a Arrabal y a Burillo que le llevaba a cuestras.

En total, estuve abajo unas cuatro horas, quizá más. Casi dos horas subiendo por la pared. Los vascos manejaban los tornos. Desde las seis hasta las diez lo habíamos preparado todo en la cumbre. Luego, perdí la noción del tiempo hasta las cuatro y media de la mañana, cuando llegué arriba. Había recuperado el material cargando con la mayor parte y precipitando el resto al pie del Urriello. Esta mañana ha sido recogido. Cuando bajamos Burillo y yo, en seguida se pusieron muy contentos. Durante el tiempo que permanecieron solos, más que el cuerpo mandó el espíritu. Puede decirse que han sido los dos montañeros más milagrosamente salvados que yo recuerde.

A las cuatro y media de la mañana del sábado ya estaban en la cumbre. Reconfortados por sus quince compañeros, muchos amigos, habían de esperar la salida del sol para ser trasladados a un hospital. Sólo se había cumplido la mitad de la operación de rescate. Muy bien concebida y coordinada por los quince escaladores, que después de coronar el Urriello por la cara sur, organizaron en plena noche una de las partes más difíciles del rescate; tal operación demuestra no sólo el arrojo, la decisión, la solidaridad y la valentía de la cordada, sino también su buen juicio, su organización eficaz, suficiente, y la precisión de su esfuerzo conjuntado e inteligente, en ningún momento determinado, dramático y digno del riesgo.

Pero faltaba todavía trasladarles a una clínica o a un hospital. Algo imprescindible,

ble, vital, que echaba por tierra la bella y eficiente tarea de los montañeros si no se hacía con rapidez, desde que apuntara el día.

Arenas de Cabrales es un pueblecito amable rodeado por las puntas nevadas de los Picos de Europa. A las siete y media de la mañana del sábado aún no había amanecido. Uno de los bares de la carretera está muy animado. «Cuando levante la niebla —dice el coronel de la Guardia Civil de Oviedo— irán a rescatarlos.» Pero los helicópteros no pueden posarse en lo alto; hay hielo, no cabe ninguna posibilidad. ¿Qué hacer?

Alfonso Alonso —Alfonso— es un fuerte alpinista que posee la necesaria fuerza, serenidad y resistencia para intentar algo distinto. Como ha hecho el día anterior para arrojarles comida, va a sentarse hacia fuera en el pequeño helicóptero «Alouette», y amarrado con firmeza al interior, pasará una cuerda por la espalda, también sujeta al aparato, y tratará de llevar suspendido a José Luis Arrabal, el más grave —ahora que tiene los pies congelados—, desde la cumbre al refugio de Vega de Urriello. Será cosa de unos diez minutos, quizá menos. Pero lo difícil sigue siendo que el helicóptero logre acercarse a donde está el herido.

Son las ocho de la mañana. Alonso se prepara para la aventura. Está preocupado. Sus compañeros le ayudan a colocar las cuerdas y hablar con él al lado del helicóptero. Por fin, parten. Y el pródigo situado al pie de la carretera, casi en el centro de un pueblo, que tanta importancia ha tomado estos días, que aún da cabida a otro